



Nuestros carrilets eran vehiculos de comunicabilidad. Si los prolíficos utilitarios domingueros llenaran tan bien su vacío podrían sentirse contentos. Pero con cuatro asientos justos es mucho más fácil la no relación con los otros.

Entre el Tam-Tam y el Satélite

por JORDI DALMAU - (fotos del autor)

Por medio de un tam-tam primitivo o de un satélite de comunicaciones, los hombres de todas las civilizaciones han sentido el deseo de dar a conocer sus ideas o sus manifestaciones a sus semejantes. En sentido general se podría asegurar que cuando alguien, contrariamente a este instinto, quiere encerrar su pensamiento bajo algunas llaves, una de dos posibilidades: o tiene una idea bélica susceptible de espionaje, o un comportamiento infantil necesitado de comprensión.

Compartir ideas, inquietudes, proyectos, vivencias e intenciones es señal de madurez y de enriquecimiento. Este es un signo de nuestro tiempo. Las individualidades son ya menos frecuentes; el trabajo en equipo se impone, en todo orden. La comunicabilidad es esencial para construir una época, la nuestra.

En el orden cívico nuestra tierra puso ya tradicionalmente una primera piedra para la comunicabilidad social: las Ramblas. Excelente rasgo de nuestras latitudes son estas Ramblas de ciudades y pueblos que nuestros antepasados idearon para que los hombres se encontrasen bajo el sol mediterráneo filtrado por unos árboles. Pero la Rambla no es ni el único ni el exclusivo medio de cultivar el «encuentro» humano. Si la sociabilidad continuase viviendo de nuestras Ramblas, caería en un temerario vivir de renta, ruinoso y anquilosado.

Porque hay en nuestros días innumerables factores que inciden directamente sobre el valor de la comunicabilidad, favoreciéndola o perjudicándola. Al enumerar algunos de estos factores iremos aterrizando en Gerona, la realidad que más tenemos a nuestro alcance. Sin ánimo exhaustivo citaremos algunos aspectos contemporáneos que representan influencia en la rela-

ción social, adelantando que unos se interfieren o se complementan con otros. Presentimos que el lector sabrá encontrar muchos más, después de leer este inicio de juego que podría llegar a ser apasionante para un sociólogo.

La necesidad del viaje. Cuando los gerundenses abrimos los ojos a nuestras comarcas tenemos la imperiosa urgencia de comprobar si Tossa es realmente como la sueñan los ingleses o si Dalí se dejará ver por Cadaqués este verano. Viaje es una palabra muy amplia; así caben en esta amplitud varios hechos notables de sociabilidad gerundense que hemos conocido: las Fiestas del Pedal, de los años 40, los Aplecs de entidades excursionistas, los fines de curso escolares en caravana de autocares. Quien viera en ellos una pura masa informe, no captaría el calor humano que encerraban aquellos días, sus prólogos y sus epílogos.

El descubrimiento de la playa. Si a tan pocos kilómetros está el mar, es cuestión de no darle la espalda. Si nuestro carrilet de Sant Feliu de Guixols, desde su tumba, pudiera contarlos las peripecias domingueras de los años 50, pasmaría a los improvisados «fangios» de tantos 600 trucados que vuelan por nuestras carreteras. Las playas son el gran lugar del encuentro de temporada, que parece no decaer. Pero otro hecho afecta a la intensidad del diálogo humano que ante, con, desde, en, hacia la playa se desarrolla: el vehículo. Del vehículo propio, del tan esperado utilitario, se ha opinado que es un bote de conservas. La incomunicabilidad — entre dos, tres o cuatro personas también puede haberla — queda allí bien conservada. El autocar de 50 plazas convidaba al canto, a la ronda de todo y con todos, a muchas puestas en común. Ahora hay que esforzarse:



De unos años a esta parte casi no se ve el alma popular de antaño. Luego viene que la inactividad atrofia al órgano

las islas de cuatro solitarias plazas ya forman archipiélago. Las autopistas, si se multiplicasen, serían un nuevo factor para restar sociabilidad al viajero, puesto que en ellas la geografía humana, el campanario fotogénico, el hábito de las masías viejas, todo ha sido sepultado bajo un golpe de máquina con prisa, encajonados los viajeros entre frías y calculadas señales de serie.

La televisión en casa. La azucarada comodidad de doble filo, servida en bandeja. Los amigos tienen la suya en su casa. No hay que moverse. No hay que encontrarse. No hay que abrir la puerta a nadie. Al día siguiente, en último término, siempre cabe un comentario de refrito. La televisión si sirve para calentar algo es aquel sillón tan ancho, tan muelle, o a lo sumo aquel sofá tan íntimo, compartido con los de casa, que ya piensan igual, sin contrastar.

Las fiestas populares. Gerona había conocido un respetable número de fiestas de calles y barrios. Se dice que el tráfico rodado las hizo imposibles. Se dice que daban un tono pueblerino a la ciudad. Se dice que las Fiestas de San Narciso no placen a la juventud. Se dicen muchas cosas. Lo cierto es que de unos años a esta parte casi no se ve el alma popular, con sus variadas manifestaciones. Si este rescoldo elemental no hay que pedir milagros de comunicabilidad. El sentido de organización, de responsabilidad, el espíritu de grupo — llámesele Junta, Comisión, o similar — no tiene cauce

natural si no hay algo popular, comunitario, que aglutine a los voluntarios de siempre. Luego viene que la inactividad atrofia el órgano.

Cuando se habla de las actuales crisis de la familia y de la juventud, sería más positivo no rasgarse las vestiduras y auscultar más los ciimientos de nuestro diálogo colectivo. La sala de fiestas, ese invento de la falsa comunicabilidad social sabe algo de la imposible liberación y del regreso al primitivismo, al tam-tam de la sociabilidad.

Nuestro tiempo ha presenciado — también hay que reconocerlo lo positivo el descubrimiento de la «reunión» de trabajo, de amistad, de prolongación del quehacer cívico semi-profesional, ha descubierto el sano ejercicio de lanzarse a las rutas turísticas, «de estudio», o gastronómicas, que es otra faceta del «estudio». El sentido comunitario bien podría empezar por ahí.

El horizonte de nuestra comunicación humana ha de ser muy ancho y en él han de caber inmensas posibilidades. Es cuestión de sensibilizarnos, vitalizando o descubriendo los lazos humanos que siempre han existido, y que deben de estar al alcance de todos. Hay que alargar la mano. Y no deslumbrarnos por el brillo de una aparente sociabilidad, porque ocurre frecuentemente que — en nuestras familias, en nuestras juventudes, en la minireunión o en el maxi-cocktail — como dice el refrán «nos cocemos en nuestra propia salsa».

Con el descubrimiento de la playa llegó la "tumbona" para quedar asépticamente apartados. No hay que ir mar adentro para encontrarse con islas. Así aislados, aunque aparentemente acompañados, ya somos archipiélagos.

